
Carlos Velasco Murviedro

*El pensamiento agrario
y la apuesta
industrializadora en la
España de los cuarenta*

Con frecuencia se oye hablar, al referirse a la naturaleza específica del llamado «primer franquismo» —el que se fue gestando y desenvolviendo al compás de los triunfos de sus armas, y afianzando en los años inmediatamente posteriores—, de una caracterización del mismo que tan pronto hace hincapié en el papel básico de los componentes ligados a la tierra del Régimen que se instauraba, como hace resaltar a la industria como el auténtico protagonista económico del período.

Y aunque el estudio profundo y científico de esta cuestión —y desgraciadamente, de otras muchas del franquismo— está todavía por hacer, faltando, pues, conclusiones, siquiera provisionales, en torno a estos temas, sí parece probable que tan aparente contradicción en el modo de resumir un fenómeno no sea en su totalidad errónea, sino que signifique sólo la insistencia exagerada en uno de los dos caracteres que real y conjuntamente se dieron en el Nuevo Estado.

Así pues, medidas favorecedoras del agro existieron (o, al menos, de cierto tipo de propiedad, y de determinadas formas de cultivo y explotación), y también se dieron nor-

mas de política económica impulsadoras de la industrialización (de rasgos autárquicos, con elevados costes y de carencias básicas); ello explicaría, tal vez, la paradoja de esos rasgos tan aparentemente antitéticos que, si no protagonizaron en exclusiva la actuación económica de la época, pugnaron en estos años por lograr el máximo de beneficio y orientación en la política económica del Estado, hasta la definitiva resolución del duelo unos años más tarde (años cincuenta, y sesenta sobre todo) en favor, como se sabe, del desarrollo industrial, y a costa en una gran parte del campo español.

En este sentido parece interesante recoger, aunque forzosamente será de manera breve, la proyección de tal dicotomía en un aspecto concreto: el del pensamiento que por boca de los principales personajes del Régimen se refirió a este asunto. A este respecto, tres características merecen destacarse de forma resumida; la primera hace referencia a la mayor importancia cuantitativa y cualitativa del agrarismo en los primeros años, donde la falta de cualquier argumento mínimamente serio en su favor suele correr pareja con la efervescencia lingüística y la demagogia floreada. Otra nota es la aparición —tímida al principio, con más seguridad después— del pensamiento industrialista a lo largo de los años cuarenta, de forma que al caer la década, las referencias agrarizantes no es que hayan desaparecido, pero son bastantes menos y, además, no implican necesariamente una caracterización agraria de la política económica, y sí sólo un apoyo más en la política de realizaciones tan querida al Régimen (regadíos, pantanos, pueblos nuevos, colonización, etc.). Por último, y casi como conclusión, está el carácter limpiamente encubridor de la ideología agrarista, al ocultar bajo una palabrería atrayente y «políticamente renovadora» las directrices reales de un Estado que, queriendo contentar a todos los grupos que le servían —y le habían servido— de apoyo, maniobraba como podía entre ellos, y favorecía —en este caso concreto— una opción industrializadora en detrimento efectivo del agro.

Entrando ya de lleno en nuestro tema, hay que hacer notar que la ideología agrarista y el pensamiento defensor del campo no era exclusivo de estos años, ni mucho menos. So-

bre todo desde principios de siglo (aunque también en parte a finales del anterior), se dio una reacción ante el industrialismo que todo lo arrollaba, en forma de unos planteamientos simplistas y un tanto románticos de la vida campesina, a la que se hacía aparecer poco menos que como idílica. Este es el caso, por ejemplo, de Ganivet, a quien su concepción mítica y casi sagrada del soporte material de la vida le hace pensar, en 1896, que lo único que se debe hacer es «agarrarse con fuerza al terruño y golpearlo para que nos diga lo que quiere» (1). En definitiva, lo que procede es «retirarnos... a trabajar para que se forme en nuestro suelo una concepción original» (2), ya que —recuerda Ganivet— «tengo fe en la virtud creadora de nuestra tierra» (3). Por ello es por lo que «una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para desparramarse por los cuatro puntos del horizonte» (4).

La prosa de Eduardo Aunós es, en este punto, paradigmática de esta idealización grandilocuente de la tierra, tan querida a ciertos hombres antiurbanos de hoy, como evidentemente alejada de la realidad cotidiana de la inmensa mayoría de los campesinos, sobre todo de la de aquellos años (1919):

«El campo... una joya de mil tonos... (5) (es el que nos permite que) después, fatigados de recorrer tan vastos espacios, reposemos bajo las copudas encinas, hagamos filosofía, literatura y astronomía» (6).

Y concluye Aunós, por si necesitamos aclaraciones a esta descripción de este su campesino celestial: «Estos son,

(1) Ganivet, Angel: *El porvenir de España*, en «Antología». Ed. FE. Madrid, 1943, pág. 39.

(2) *Ibidem*, pág. 119.

(3) *Ibidem*, pág. 120.

(4) Ganivet, Angel: *Idearium español. El porvenir de España* (1.ª ed., 1896), 8.ª ed. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1970, págs. 123 y 124.

(5) Aunós, Eduardo: *El libro del mal estudiante*. Ed. Helios. Madrid, 1919, pág. 111.

(6) *Ibidem*, pág. 112.

amigos, los encantos de la vida campesina; amadla y entregaos a sus gratos regocijos» (7).

En tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera, es Eloy Luis André el que, en 1925, hace gala de agrarismo al creer que para llevar a cabo la necesaria reconstrucción económica, uno de los tres caminos que conducen a ella pasa necesariamente por el cultivo de la tierra (8); y, según Aunós, para lograrlo había que «arraigar en el país... a la mayor parte de la población activa y especialmente a la agrícola, que es el factor principal del general sustento y la primera consumidora de los productos de la industria nacional» (9). Existe, pues, una revalorización de la tierra, una potenciación del agro en contra de la industria —y de la ciudad como hábitat típico—, que hace escribir así al fecundo Emilio Zurano:

«La ciudad es un estómago que se ocupa muy poco de los recursos con que ha de satisfacer sus necesidades, y que su aparente bienestar deslumbra y quema a las mismas abejas que han de fabricar el alimento de que esa misma ciudad ha de vivir» (10).

Es el «sentido terrícola» (11) de que habla Giménez Caballero, y aunque hace pensar como rasgo principal del Estado de entonces una política agrarizante, lo que realmente ocurrió fue lo contrario, un fomento claro del crecimiento industrial. Por su parte, durante los años de la II República, la valoración de la agricultura y de lo rural experimentará un creciente protagonismo, al menos en el orden ideológico, abogándose por la «vuelta a la tierra y la protección a la agricultura, haciéndola pasar al primer plano en las preocupaciones del Gobierno y de los productos» (12). En el mis-

(7) *Ibidem*, págs. 112 y 113.

(8) Véase André, Eloy Luis: *Ética Española*, 2.^a ed. Imp. Rivadeneyra. Madrid, 1925, pág. 223.

(9) Aunós, Eduardo: *La economía social del Ministerio de Trabajo*, en *Revista de Acción Social*, año I, núm. 5, octubre de 1928, pág. 416.

(10) Zurano Muñoz, Emilio: *Hagamos Patria. A España, al Rey y al Gobierno* (conferencia de 19-6-1926, en la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País). Madrid, s. ed., 1926, pág. 20.

(11) Giménez Caballero, Ernesto: *Sentido terrícola en Italia*, en *Revista de Acción Social*, año I, núm. 4, septiembre de 1928, pág. 368.

mo sentido que el transcrito Ruiz Almansa, se pronuncian autores como Azpiazu, para el que la «economía del campo... está representada por una economía que mira a cubrir las necesidades, a vivir holgadamente lejos del bullicio de la ciudad (mientras que) la ciudad atenaza con sus tentáculos al campesino y hasta amenaza ahogar la vida del campo y el trabajo del agricultor» (13). Años antes, Zurano era de similar parecer, cuando hablaba de «la ciudad actual (como)... un estómago consumidor que atrae y debilita las fuentes de producción rural» (14).

Esta «vuelta a la tierra y protección a la agricultura» (15) de Ruiz Almansa será una constante que se verá incluso exacerbada posteriormente por los elementos fascistas, convirtiéndose en una auténtica obsesión en los años siguientes, y en una actitud invariable de toda la ideología franquista de los primeros años. Llegados a este punto, no es nada extraña la interpretación que de la guerra civil de 1936 se extendió entre muchos autores. Tal concepción, con ser curiosa, no deja de ser acertada en sus rasgos más generales; es así como la calificación de la guerra civil como oposición entre campo y ciudad se repite con frecuencia, lo cual no dejaba de responder a una cierta realidad, ya que —se decía— «la revolución marxista tuvo su apoyo en los obreros bien pagados de la ciudad» (16) y, ciertamente, como recordaba Perpiñá Grau, «no pudo ser casualidad que la España roja quedase limitada por las fronteras naturales donde... había adquirido la civilización material mayor auge» (17).

El razonamiento era más o menos así:

«El Alzamiento Nacional fue llevado a cabo

(12) Ruiz Almansa, Javier: *Intervención del Estado en la economía española*. Recogido por Campos Nordmann, Ramiro: *Lecturas de Estructura Económica*, Ed. CEU, Madrid, 1972, págs. 312 y 313.

(13) Azpiazu, Joaquín: *El Estado Corporativo*. Ed. Razón y Fe. Madrid, 1934, página 252.

(14) Zurano Muñoz, Emilio: *El horror al campo y los errores de la ciudad*. Ed. CIAP. Madrid, 1931, pág. 293.

(15) Ruiz Almansa, Javier: *La intervención del Estado en la economía española (s/a. ¿1934?)*. Recogido por Campos Nordmann, Ramiro: *Lecturas...*, op. cit., pág. 312.

(16) *La Nueva España Agraria*. Ed. Nacional, D. E. P. y P. Bilbao, 1937, pág. 65.

(17) Perpiñá Grau, Román: *Economía hispana y orden nuevo*, en revista *Anales de Economía*, núm. 2 (4-6, 1941), pág. 232.

principalmente con esas masas rurales; el triunfo será esencialmente agrario, y su primer derecho será el cambiar el eje de la vida pública, trasladándose al agro. La España honrada y sencilla de los pueblos y las provincias agrícolas se ha alzado contra la adulterada y vendida de los suburbios urbanos. El campo, pues, reclama el derecho de marcar el orden nuevo con el sello de sus virtudes claras y viriles, de sus costumbres ascéticas, de su fe y su moral profundamente religiosas» (18).

O como se decía en otro lugar:

«La guerra actual de España... se desarrolla bajo el signo de la oposición entre lo rural y lo urbano. Han sido las provincias más característicamente agrícolas... las que se han alzado... frente a la gran traición de los suburbios industriales y anónimos de Madrid, Barcelona y Bilbao» (19).

Las palabras de Martín Sanz hacen extensiva tal interpretación no sólo a la guerra civil sino, de forma un tanto aventurada, al Régimen político-económico posterior:

«El Movimiento, mucho más que una lucha de clases (!), tiene las características de un alzamiento del campo contra la ciudad, de la agricultura contra la industria. Fueron, en efecto, las regiones agrícolas las que desde el primer momento se pusieron al lado del Caudillo» (20).

Incluso Gerardo Salvador Merino, Delegado Nacional de Sindicatos de FET y de las JONS, recuerda en 1941 cómo «los campesinos formaron las cuatro quintas partes del Ejército nacional» (21). Por su parte, el protagonismo

(18) *La Nueva España...*, op. cit., pág. 67.

(19) Obra Nacional Corporativa: *Movimiento Nacional Agrario*. Talleres Gráficos Navarro y del Teso, San Sebastián, s/a., pág. 4. Recogido por Castillo, Juan José: *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino*. Ed. Servicio de Publicaciones Agrarias, Ministerio de Agricultura. Madrid, 1979, pág. 398.

(20) Martín Sanz, Dionisio: *Técnica y política agraria*. Madrid, 1946, pág. 10. Recogido por Castillo, Juan José: *Propietarios muy pobres...*, op. cit., pág. 403.

(21) Salvador Merino, Gerardo: *Clausura del II Consejo Sindical de la Falange*, en *Pueblo*, de 21-6-1941, págs. 1 a 3. Recogido por Castillo, Juan José: *Propietarios muy pobres...*, op. cit., pág. 429.

del Caudillo no podía faltar, y se revela clave en esta política antiurbana, ya que no hay «nadie como Franco, que gana la guerra contra la ciudad» (22), en palabras de Manuel Halcón; la prosa de este mismo autor es bien explícita de esta interpretación de la guerra; según él, «venceremos a la ciudad, o mejor, la reconquistaremos, porque queremos poseerla... Somos desertores primarios del campo. Y ésta es la gran canallada del siglo» (23).

En similar sentido, en 1939, es Ferrandis Luna el que argumenta en torno a estas cuestiones: «Porque el Movimiento Nacional triunfó inicialmente en regiones de dominante caracterización agrícola, con acierto se aprecia la agricultura como elemento básico para el remontaje de nuestra economía» (24). Y de parecida forma, es ahora Bouthélier quien hace por estas fechas la interpretación de la guerra civil como pugna entre lo agrario y lo industrial:

«Guerra de tierra pobre contra tierra rica; guerra de alma pura contra afanes innobles ha sido la nuestra. Donde la ciudad hizo defección, el campo se alzó con toda su dignidad de esfuerzo y de tensión... Hoy... ciudad y tierra rica tienen deberes ineludibles para con aquellas aldeas y tierras pobres...» (25).

LAS IDEAS AGRARISTAS EN EL NUEVO ESTADO

Evidentemente, durante estos años, el agrarismo ideológico y las tomas de postura verbales en favor del campo y su economía se van a dar con una gran frecuencia, de forma que como continuación de esa España «nacional» que en la guerra se identificó desde un principio con la tierra y sus hombres, los primeros años del franquismo van a contem-

(22) Halcón, Manuel: *Franco a caballo*, en revista *Vértice*, núm. 10 (5, 1938), pág. 36.

(23) *Ibidem*, pág. 37.

(24) Ferrandis Luna, S.: *La hora de la economía*. Ed. Española, S. A. Sevilla, 1939, pág. 66.

(25) Bouthélier, A.: *La traición de las tierras ricas*, en revista *HAZ*, número 14 (7, 1939), pág. 54.

plar —al menos en el terreno propagandístico, de declaraciones, escritos, etc.— una casi total identificación entre lo agrario y el nuevo Régimen, y una oposición frontal y visceral entre lo rural y lo urbano, idealizando aquél e identificándolo con un teórico e idílico orden social tradicional «inquebrantable, moralmente superior y debidamente jerarquizado» (26), que se opondría así a aspectos tales como la ciudad, la industria, el capitalismo, etc.

En este punto, parece necesario referirse —siquiera sucintamente— a los antecedentes fascistas de estas posturas durante los años inmediatamente anteriores. Así por ejemplo, el pensamiento jonsista de los primeros momentos, ya desde los albores de la II República, tomó pronto partido en defensa del campo de una forma tan extrema, que caracterizó de forma singular el pensamiento aglutinado en torno a Ramiro Ledesma Ramos y su principal órgano de difusión, *La Conquista del Estado*. De este modo, Manuel Souto Vilas, el 16 de mayo de 1931, aseguraba:

«El paisano, el hombre de la tierra, es el hombre prístino. El hombre prístino debe afirmarse, debe engreírse y lanzarse imponente a debelar al ciudadano: al burgués y su réplica el proletario. El ciudadano es el hombre elemental, que cada vez adviene más elemental, desvitalizado, desposeído de las aptitudes y valores especialmente humanos. Pues el hombre prístino es el hombre integral. Y el hombre elemental es una especialidad humana, una faceta de actos y valores humanos» (27).

Pronto, la demagogia y las consignas atrayentes se extienden e intentan calar en el ámbito rural:

«Hay que legislar para el campesino. Hay que valorizar sus economías, impidiendo la explotación a que hoy se le somete.

Hay que que saciarlo de tierra y permitirle que

(26) Ortega, Nicolás: *Política agraria y dominación del espacio*. Ed. Ayuso. Madrid, 1979, pág. 92.

(27) Souto Vilas, Manuel: *Mirando a Galicia. Campo y ciudad. Revalorización del campesino*, en revista *La Conquista del Estado*, núm. 10, de 16-5-1931. Recogido en *Antología*, con selección y prólogo de Juan Aparicio. Ed. FE. Madrid, 1939, pág. 112.

se defienda con las armas de la opresión caciquil» (28).

El ya citado Souto Vilas insiste en este mismo número en ese extraño hermanamiento entre propietarios y obreros, ya que ambos viven en las urbes:

«Desde el punto de vista campesino, burgueses y proletarios y, en cierto sentido, capitalismo y socialismo, son el anverso y el reverso de la misma medalla, son ciudadanos.»

Y añade con marcado sabor fisiócrata:

«Burgueses y obreros, alta burguesía y socialistas proletarios son dos raíces voraces de un mismo tronco: la ciudad, que se hunde en los pingües extractos rurales y chupa su economía y su vida» (29).

Por su parte, en 1933, los teóricos y pensadores falangistas, agrupados en *F. E.* y en *Arriba*, van a insistir en planteamientos muy similares, tomando como centro de atención y de enaltecimiento el agro nacional. A fines de 1933, es *F. E.* quien comienza a expresar sus posturas al respecto, posturas que llegan a configurar una auténtica «política terrera»:

«Toda España es, en realidad, agro y no puede ser otra cosa... En el campesino hay que buscar los bríos nuevos y las nuevas fuerzas que son precisas a la obra de su redención» (30).

A veces, la floritura semántica acompaña las intenciones del editorialista:

(28) *Nuestras organizaciones. El «Bloque Social Campesino»*, en *rev. cit.*, núm. 14, de 13-6-1931. Recogido en *Antología, op. cit.*, pág. 178.

(29) Souto Vilas, Manuel: *El campesino y la política. Ideas centrales para nuestro «Bloque Social Campesino»*, en *rev. cit.*, núm. 14, de 13-6-1931. Recogido en *Antología, op. cit.*, pág. 180.

(30) Valdivielso, José Simón: *El campesino de España estará con nosotros*, en revista *FE*, núm. 1, de 7-12-1933, pág. 5.

«Ante todo queremos volver a dar al campo de España una lírica nacional que le encare de nuevo con la historia.»

Y ello porque «hay una cultura y una civilización campesinas que nos importa potenciar y revalorizar. Las esencias de aquel gran sentido familiar, religioso, hereditario, jerárquico, donde tuvo sus pilares el orden civilizado de Europa, se han corrompido en las ciudades y en el campo quedan» (31).

Los ejemplos que se aducen, según los cuales el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán no acabaron totalmente de triunfar hasta que volvieron la vista hacia el campo (32), abonaban las tesis defensoras y potenciadoras del agrarismo exuberante de ciertos autores:

«Los labradores... sois la mayor parte y la mejor parte de esta España. Vosotros sois el fondo y el cimiento de nuestra Patria, el sostén de su economía, la fuerza de su raza y de su crianza y el resto de su heroicidad.»

Por ello, se añade, «os pedimos... que seáis labradores y españoles e impongáis a España entera, donde sois la mayor y mejor parte, vuestro auténtico modo de ser contra la estupidez y la maldad, la falsía y la flaqueza de las ciudades y de los partidos políticos.»

El tema del pretendido parasitismo urbano se repite con frecuencia:

«Dejaos de izquierdas y derechas, de socialistas y de conservadores, que sólo quieren poneros al servicio de los obreros envenenados por la ciudad o de los capitalistas corrompidos de la ciudad.»

«No quieren más que vivir a vuestra costa, de vuestro sudor y de vuestros votos, de vuestros productos y de vuestros apoyos, para ejercer sobre vo-

(31) Guiones: *Agrarios*, en revista *FE*, núm. 4, de 25-1-1934, pág. 1.

(32) *Política terrera*, en revista *FE*, núm. 5, de 1-2-1934, pág. 11.

sotros una doble usura económica y política que es una iniquidad» (33).

Y asimismo, el evidente desajuste entre los respectivos niveles de vida, es motivo de atención:

«Ese violento contraste que ofrece la vida urbana con la vida rural, contraste que la civilización agudiza de día en día, acumulando comodidades, placeres y bienandanzas en el vivir de los grandes núcleos de población, en tanto que la aldea yace en el mayor abandono» (34).

Los llamamientos a la población agraria a agruparse en torno a la bandera falangista son numerosos:

«Vosotros, los que constituís la verdadera España, los que más trabajáis por el bien de todos, vivís de un modo duro mientras tantos haraganes brillan...» (35).

Finalmente, y ya dentro de las opiniones incluidas en el periódico *Arriba*, que comenzó a editarse en marzo de 1935, la oposición rural/urbana vuelve a aparecer:

«Las ciudades actuales están hinchadas, entumecidas de detritus de masas de gentes que han venido a probar la suerte que no han encontrado y se agrupan y viven hacinados en las barriadas.»

«Un día habrá necesidad de decirles: vosotros no tenéis que hacer nada en las ciudades; volved a donde vinisteis, ir a vuestros campos. Y de esta forma tan natural las ciudades quedarán limpias» (36).

Las frases anteriores, releídas a la luz de lo que realmente aconteció en nuestro país a fines de los años cincuenta, y a lo largo de los sesenta, no deja de ser una auténtica ironía y una consagración de las dotes proféticas del articulista.

(33) *Labranza*, en revista *FE*, núm. 6, de 8-2-1934, pág. 10.

(34) *Política terrera*, en revista *FE*, núm. 7, de 22-2-1934, pág. 12.

(35) *¡Labradores de España!*, en *rev. cit.*, pág. 13.

(36) *Hacia una reorganización agraria*, en diario *Arriba*, núm. 5, de 18-4-1935, página 6.

Por otra parte, en febrero del 36 el planteamiento no dejaba de ser curioso y original:

«Vosotros, labradores, no sois ni capitalistas ni obreros; sois las dos cosas y lleváis en vosotros mismos un sistema diferente de economía» (37).

Pocos meses antes, el mismo Primo de Rivera veía así el problema del agro y su papel central en toda la economía:

«Hay que tomar al pueblo español, hambriento de siglos, y redimirle de las tierras estériles donde perpetúa su miseria; hay que trasladarle a las nuevas tierras cultivables; hay que instalarle sin demora, sin espera de siglos... sobre las tierras buenas» (38).

Por último, y refiriéndonos a este mismo autor, no es una casualidad que de los 26 puntos de la Falange (su punto 27, donde se establecía la negativa a pactar, fue eliminado por Franco para poder unirla a los tradicionalistas), hubiera 6 de ellos dedicados al tema agrícola y, sin embargo, ninguno referido a la industria. El problema de España era, pues, el agrario, y así lo veían los primeros escritos de la guerra civil, que insistían en oponer el campo al «capitalismo y la ciudad» (39). Las proclamas de entonces no ofrecen dudas sobre el particular: «¡Queremos crear en los rurales la conciencia y el legítimo orgullo de su propio valer! ¡Son los más en número, los que más trabajan...! (40).

Precisamente será para salvar estas virtudes por lo que Franco «devolverá al agro nacional los privilegios y las riquezas que una política equivocada, de halago a las ciudades, le había arrebatado» (41). De forma similar, y con mo-

(37) En *Revista Social y Agraria*, febrero de 1936, pág. 37. Recogido por Castillo, Juan José: *Propietarios muy pobres...*, op. cit., pág. 397.

(38) Primo de Rivera, José Antonio: *Discurso de clausura del II Consejo Nacional de la Falange*, pronunciado en Madrid, en el cine Madrid, el 17-11-1935. En *Obras Completas*, Ed. de la Vicesecretaría de Educación Popular de FET y de las JONS. Madrid, 1945, pág. 104.

(39) Martín Sanz, Dionisio: *El problema triguero y el nacional-sindicalismo*. A. G. Afrodísio Aguado. Valladolid-Palencia, 1937, pág. 5.

(40) *La Nueva España...*, op. cit., pág. 61.

(41) *Ibidem*, pág. 71.

tivo de la creación del Servicio Nacional del Trigo (23 de agosto de 1937, «B.O.E.» del 25), el Régimen insistiría en querer «elevar a todo trance el nivel de vida del campo, vivero permanente de España», precisamente en respuesta al «clamor campesino» que así lo demandaba. En cuanto al protagonista de excepción en este resurgir agrícola, será el campo castellano, pues, «la política de exaltación de Castilla es garantía de unidad, disciplina y servicio» (42).

Finalizada ya la contienda, sobre todo a partir de 1941, se observa un renovado impulso en este protagonismo campesino, y en el deseo explícito, repetido y en una gran parte puramente verbal, del Régimen por apoyar y potenciar este sector primario de la economía. De esta forma, y como anunciaba la prensa de entonces, «por mandato y voluntad del Caudillo, el campo español tendrá el tono risueño, fecundo y feliz a que tiene derecho» (43). E incluso los anuncios de la época aprovechan para la colocación de sus productos, de esta mitología agraria que el Nuevo Estado incluye en su filosofía; «Noria Zepol», por ejemplo, incluye un «AVISO a agricultores y hortelanos» que no tiene desperdicio:

«Para cumplir el programa de Falange, para convertir las tierras en regadío y hacer una España Grande, no hay como regar los campos con las famosas NORIAS Y BOMBAS ZEPOL. Fabricación Nacional» (44).

Tanto es así, que incluso desde unos presupuestos meramente urbanísticos y arquitectónicos se puede constatar cómo «la importancia del mundo rural y el estancamiento de las ciudades son consecuencia inmediata de (una) política económica» fundamentalmente agraria en sus comienzos. Por eso hubo «muy pocas realizaciones (urbanísticas y de viviendas) en las ciudades (mientras que abundaron) las realizaciones de viviendas y poblados agrícolas que emblematizaban el apoyo y la importancia que el régimen conce-

(42) *Normas y orientaciones para Delegados Provinciales*. Ed. Delegación Nacional. A. G. Afrodisio Aguado. Valladolid, 1937, pág. 205.

(43) Abella, Rafael: *El periódico de la historia* (de 29-7 al 3-8-1941), en revista *Inter-viu*, núm. 273, de 5-8-1981.

(44) *Revista Consigna*, año I, núm. 9 (10, 1941).

día a este sector productivo, más allá de la retórica o de la simple recompensa» (45).

En el caso de Zorrilla Dorronsoro, una conferencia suya de junio de 1941 es un buen ejemplo de esta demagogia agrarista, tan extendida por entonces, para la que no es ningún problema hablar de «revolución campesina» (46), de «Reforma Agraria Nacional Sindicalista» (47), de «reforma agraria inteligente» (48) o también de «revolución nacional agraria» (49). En cuanto al Caudillo, no podía faltar su clásico triunfalismo a la hora de enfocar el problema agrario y sus perspectivas futuras:

«La labor del Instituto de Colonización empieza este año a dar sus frutos, y muchos son los campesinos que disfrutarán de los beneficios de la adquisición y parcelación de grandes fincas. La preparación, la colonización de los nuevos regadíos, aparece ya muy avanzada, y en breve veremos surgir en España nuevos y ricos pueblos» (50).

En otros autores, sin embargo, se impone una cierta dosis de realismo a la hora de enfocar el tópico de la vida rural. Para Antonio Robert, por ejemplo, no debe llorarse la desaparición del idílico campo: «el campo es hermoso, pero para vivir en una cómoda casa, disponiendo de dinero, y del confort necesario. Se da el caso curioso —dice— de que los partidarios de la agrarización son gente habituada a la vida de la ciudad» (51).

(45) Solá Morales, Ignacio: *La arquitectura de la vivienda en los años de la autarquía (1939-1953)*, en revista *Arquitectura*, núm. 199 (3-4, 1976). Madrid, pág. 25.

(46) Zorrilla Dorronsoro, Angel: *Política de colonización del Nuevo Estado* (conferencia de 18-6-1941, ante el II consejo Sindical de Falange), en revista *Estudios*, vol. I, núm. 1, del Instituto Nacional de Colonización. Madrid, pág. 9.

(47) *Ibidem*, pág. 17.

(48) Primo de Rivera, José Antonio: *Discurso de clausura...*, *op. cit.*, pág. 103.

(49) Primo de Rivera, José Antonio: *Hojas de la Falange. Labradores*, en *Arriba*, núm. 18, de 7-11-1935, en *Obras Completas*, *op. cit.*, pág. 629.

(50) Franco, Francisco: *Discurso de 17-7-1944*, en *Pensamiento Económico*. Centro de Estudios Sindicales. Organización Sindical de FET y de las JONS. Madrid, 1958, págs. 639 y 640.

(51) Robert, Antonio: *Los países olvidados y la economía de la paz*. Ed. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1944, pág. 171.

De nuevo, las palabras de Franco se constituyen en la panacea de todos los males de nuestras tierras:

«El año más difícil, en el año en que parece que culminan todas las desgracias de la sequía y todos los azares del tiempo. En este año de 1941 en que está el campo más sediento, en que están los hogares más vacíos, en que están los hombres más insatisfechos, (venimos) a tomar contacto con estas realidades porque tenemos las obras redentoras preparadas y porque poseemos el espíritu seguro de poderlas llevar a cabo» (52).

Más adelante, a finales del 46, es Franco de nuevo el que emplea todo su bagaje político-literario en adular e identificar lo rural con las auténticas virtudes de la raza. Si se piensa que estas palabras se pronunciaban en 1946 —el año de más dificultades y escaseces en todos los órdenes—, el sarcasmo resultaba aun más cruel:

«Ya que estáis aquí y váis a volver mañana a vuestros lugares, a esos pueblos de España tan sanos, y tan buenos, y tan llenos de sentimientos puros, quiero que les llevéis vosotros la participación de nuestra fe. Jamás ha habido un Estado que heredase más dificultades, más devastaciones, que las que el actual Estado Español heredó; jamás ha habido un régimen que haya abierto los caminos a los productos agrícolas, a la organización de los trabajadores, que quiera escucharlos, que tenga en el pensamiento las inquietudes de todos los hombres, la realización del bien mejor para todas las masas campesinas» (53).

Un año después, el triunfalismo sigue siendo moneda corriente: «en un plazo que no superará los tres años podremos tener electricidad bastante para que todos los pueblos

(52) Franco, Francisco: *Discurso de 18-12-1945, en Badajoz, en Pensamiento Económico, op. cit.,* pág. 650.

(53) Franco, Francisco: *Discurso de 19-10-1946, en ibidem,* pág. 661.

(54) Franco, Francisco: *Discurso a la Asamblea Nacional de las Hermandades Sin-*

de España disfruten de ella» (54). Por su parte, el inefable Giménez Caballero, con su brillante prosa habitual, se permitía hacer incluso en torno a este binomio campo/ciudad una «poesía del hambre», que para los que lo sufrían debía convertirse en una verdadera afrenta:

«Desde esta jaula que es Madrid, a veces nos asomamos hacia el campo. El aire caliente y oloroso nos huele ya a panecillo. Aire candeal. Nos huele a churrito de verbena. Nos huele a ensaimada de desayuno. A hojaldre de postre» (55).

En el mensaje de fin de año de 1949, el Caudillo insiste en el autobombo desmesurado de las obras llevadas a cabo en el ámbito rural:

«La tarea realizada para nuestras traídas o alumbramientos de aguas, parcelaciones de fincas, caminos vecinales y crédito agrícola, constituye una muestra clara de nuestra inquietud por pueblos y lugares, totalmente desconocida en los últimos siglos en la vida de nuestra Nación» (56).

El pretendido protagonismo agrario es puesto en evidencia una vez más por el Jefe del Estado a comienzos de 1950:

«Persiguió nuestro Gobierno dos objetivos: uno de ellos era la más rápida recuperación agraria, y otro, el preparar las grandes obras públicas e industriales que, estimulando nuestra economía, favoreciesen a la agricultura» (57).

Y poco después, pasa a enumerar algunos de los objetivos que el Régimen se había propuesto cumplir:

«Una de las transformaciones principales residía en la transformación de los campos de secano

dicales de Labradores y Ganaderos, de 13-12-1947, en Pensamiento Económico, op. cit., págs. 677 y 678.

(55) Giménez Caballero, Ernesto: *Don Ernesto o el Procurador del Pueblo*. Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A. Madrid, 1947, pág. 67.

(56) Franco, Francisco: *Mensaje de fin de año, de 31 de diciembre de 1949, en Pensamiento Económico, op. cit., pág. 700.*

(57) Franco, Francisco: *Discurso pronunciado ante los ingenieros industriales, el 25-3-1950, en ibidem, pág. 704.*

en regadío, en multiplicar los pequeños y grandes regadíos, en mejorar las condiciones de nuestro suelo, en mejorar nuestras especies, nuestra siembra; en crear fábricas de abono para asegurar que no puedan faltar nunca en España, en crear un crédito agrícola y en lograr por todos los medios y en todas las formas la mejora del campo español» (58).

Un año después volvería sobre el mismo tema, llegando a asegurar muy seriamente que lo conseguido en este sector era una «verdadera reforma agraria»:

«Estos doce años que llevamos desde el fin de nuestra Cruzada han sido años de gran valor; en todos los órdenes se ha trabajado intensamente para la mejora de semillas, la de especies, para llevar a cabo una política de abonos, de parcelación y regadíos que resolviera los problemas creados, y muchísimo es lo conseguido en las grandes irrigaciones, que cambiarán en pocos años la estructura del suelo español, permitiendo llevar a cabo una verdadera reforma agraria» (59).

Y es que el inventario de lo realizado por el Nuevo Régimen no podía ser más prometedor. Según él, «este espíritu de hermandad del Movimiento Nacional español, ... va por las tierras y los pueblos de España intentando redimir a nuestros campesinos, irrigando las tierras, antes secas y abandonadas, plantando árboles en vuestros montes, aumentando los tornos y las máquinas de los talleres, construyendo escuelas y viviendas, botando nuevos barcos que llevan nuestra bandera por el mundo, para intercambiar nuestros productos y para que a todos los hogares españoles pueda llegar el pan, la luz y la justicia» (60). Y es que gracias al Movimiento y a la Falange, los objetivos de tipo

(58) Franco, Francisco: *Discurso pronunciado en la inauguración de la I Feria Nacional del Campo*, el 27-5-1950, en *ibidem*, págs. 705 y 706.

(59) Franco, Francisco: *Discurso a la IV Asamblea General de las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos*, el 12-5-1951, en *ibidem*, pág. 711.

(60) Franco, Francisco: *Discurso en la inauguración de la Escuela Isabel la Católica, de la Sección Femenina de FET y de las JONS*, el 12-6-1951, en *ibidem*, pág. 717.

agrario estaban tan claros como alejados de lo que efectivamente sucedió:

«Arraigar al hombre sobre la tierra haciéndole sentir el orgullo de ser campesino y dotándole de un nivel espiritual y material de vida que le libere de la tentación de emigrar a la ciudad» (61).

Incluso tres lustros después de finalizada nuestra contienda, cuando la opción industrial estaba ya más decidida y en marcha, Franco sigue insistiendo en la agricultura como eje de la política económica del Régimen:

«Esto es tan importante que ya desde Burgos, cuando aún luchábamos por la liberación de España, sentíamos la inquietud por impulsar y reformar la economía española, desarrollando la técnica y el progreso agrícola en mayor medida, para hacer posible este bien común que toda política debe perseguir.»

«La agricultura fue desde entonces para nosotros la piedra básica más importante para el resurgimiento de nuestra Nación. Pronto habíamos de confirmar tan importante aserto al caer sobre nosotros la responsabilidad del Gobierno de toda nuestra Geografía, cuando, agotadas nuestras despensas y arrasados los campos en la zona roja, tuvimos que padecer las privaciones inherentes a la falta de producción que con los años malos y de sequía pusieron a prueba el patrimonio de nuestro pueblo» (62).

Por último, un discurso del Caudillo con motivo del mensajede fin de año de 1956, presentaba en apretada síntesis lo que —según él— estaba significando el Nuevo Estado en orden a la mejora y desarrollo de la agricultura:

(61) *La Agricultura en el Congreso Nacional de FET y de las JONS. Conclusiones aprobadas sobre temas económicos y sociales de carácter agrícola*, en *Revista de Estudios Agro-Sociales*, III, núm. 6, 1954, pág. 127. Recogido por Ortega, Nicolás: *Política Agraria...*, op. cit., págs. 92 y 93.

(62) Franco, Francisco: *Discurso en la Escuela de Ingenieros Agrónomos, el 29-10-1955*, en *Pensamiento Económico*, op. cit., págs. 780 y 781.

«Recibimos una Nación con una economía de bases rudimentarias, que vivía prácticamente sometida al signo retardatario de las influencias extranjeras; con un abandono de su campo que se había hecho ya secular: cultivos atrasados, cabañas degeneradas y diezmadas por la incuria y las epizootias; aldeas y poblados en el máximo abandono, víctimas de la usura; brazos ociosos, montes descarnados y producciones míseras. Las generaciones que nos sucedan recibirán una agricultura racionalizada en cultivos y métodos, en un proceso de colonización interior cuyas posibilidades habían permanecido inéditas durante siglos, con una población rural redimida de la usura y defendida de la especulación por organismos y procedimientos eficaces, con explotaciones agrícolas planteadas y dirigidas con mentalidad de empresa, con una riqueza forestal incalculable y con un potencial hidráulico y eléctrico puesto por primera vez en nuestra historia al servicio del campo y de las industrias agrícolas de transformación de sus productos» (63).

Tal vez uno de los aspectos en que mejor se expresaba esta desmedida adulación hacia el campo, con sus continuas referencias a su inmejorable situación y al interés que el Gobierno demostraba para con él, esté en lo que podríamos llamar, repitiendo palabras de la época, las «virtudes perennes de la raza». En este sentido, se tratará de convencer al agro de que en él —y sólo en él— se encuentran los auténticos españoles, mientras que en la ciudad y en la industria (recuérdese lo dicho de la guerra civil) se han perdido los valores patrios, y la gente ya no es capaz de alcanzar las cualidades que la tierra inculca en sus hijos. Franco, de nuevo, es casi el único que se refirió al tema con claridad y profusión:

«Pido al campo español que en todas las medidas, medidas necesarias, medidas indispensables,

(63) Franco, Francisco: *Mensaje de fin de año de 31 de diciembre de 1956*, en *ibídem.* págs. 802 y 803.

colabore para cortar este régimen de carestía, para que ese espíritu de codicia no entre en el campo español llevado por la ciudad o los especuladores; que extirpemos ese afán de codicia, de riqueza rápida, que va contra la fraternidad cristiana, contra el sentido católico de nuestro pueblo, y que, al fin y a la postre, todos han de pagar a la hora de la muerte» (64).

Año y medio después, hace referencia al carácter regenerador del agro, y a las soluciones que para él tiene el Gobierno, cuando asegura que «volvemos al campo a buscar la tonificación de nuestras masas, al tiempo que le llevamos el sentimiento de una Revolución Nacional que es grandeza, poderío, bienestar, hermandad y justicia para todos» (65). En otros momentos, sus palabras al respecto no necesitan de ningún comentario:

«Ese campo español, tantas veces castigado por las duras características meteorológicas de nuestro clima, pero donde se conserva más pura la semilla de la raza» (66).

Para finalizar, un texto de comienzos de 1953 alcanza en cuanto a halagos se refiere, cotas ciertamente vergonzantes, máxime si se tiene en cuenta la humillante situación en que se hallaban los campesinos:

«La España auténtica, la España de los que trabajan, hombres entregados al agro español, representación genuina de la Patria no corrompida, del hombre español por excelencia, que, si los pudiéramos comparar con los que compusieron las antiguas mesnadas que seguían a nuestros caudillos, no encontraríamos diferencias entre los que engrandecieron a España y asombraron al mundo y los que hoy trabajan sobre las mismas tierras, arrancando las cosechas, muchas veces míseras,

(64) Franco, Francisco: *Discurso de clausura en la Asamblea Nacional de Hermandades...*, op. cit., págs. 679 y 680.

(65) Franco, Francisco: *En el Pardo, el 16-5-1949*, en *ibidem*, pág. 692.

(66) Franco, Francisco: *A la IV Asamblea General de las Hermandades...*, op. cit., pág. 710.

por las condiciones climatológicas de nuestra Patria, pero que mantienen el corazón y la fe levantados creyendo en una España mejor» (67).

LA APUESTA INDUSTRIAL

A pesar de lo visto en las páginas precedentes, la adopción de posturas favorables a la industria son, como ya hemos dicho, frecuentes en el período, tanto por ser numerosos los autores que al tema se refirieron, como por la variedad de enfoques y perspectivas con que se contempló. Sin embargo, también hay que aclarar que la adopción de tal criterio industrializador no está expresa en muchas ocasiones. Es decir, que a diferencia del énfasis industrialista de los años posteriores al 45, en que coexistía con las referencias agraristas ya comentadas, en la etapa que abarca el decenio de 1936 a 1945, la situación fue muy distinta, ya que la insistencia terminológica se hizo, sobre todo, en torno a la agricultura, siendo las referencias a la industria meramente incidentales y tendentes a alcanzar el fin principal, el desarrollo de la agricultura.

En este sentido, los textos conciliadores de ambos sectores (agrario e industrial) son muy comunes a partir de 1945, y es Franco incluso el autor que más los prodiga; este es un ejemplo de 1950:

«Esa especie tan extendida por ahí de que se abandonen las atenciones del campo español por la mejora de nuestras industrias, podéis salirle al paso diciendo que es completamente falsa. Todo lo que hemos hecho nosotros en el orden industrial mira directamente a nuestros campos y a nuestra agricultura» (68).

(67) Franco, Francisco: *En la clausura de la V Asamblea General de las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos*, en *El Pardo*, en 21-2-1953, en *ibidem*, página 741.

(68) Franco, Francisco: *Discurso pronunciado a los Ingenieros Agrónomos*, el 25-3-1950, en *ibidem*, pág. 705.

Poco a poco, sin embargo, las posturas industrialistas se van definiendo con mayor nitidez, y el Caudillo afirma que «aquellos que creían que España podía ser solamente una España campesina se equivocaron. Un pueblo de veintiocho millones de españoles no puede vivir sólo de la producción de sus campos» (69). El nexo entre tierra e industria, y su interdependencia mutuamente provechosa, es puesta de manifiesto así por él:

«Es importantísimo que en los problemas agrícolas tengamos en cuenta las realidades distintas entre las naciones y diversas entre las comarcas. Los problemas de las naciones jóvenes no son los mismos que los de las naciones viejas. Así, en los pueblos de Hispanoamérica, por ejemplo, se siente la necesidad de gentes habituadas a las labores rurales, de brazos para el campo, y nosotros, en cambio, creemos sentir el peso de un exceso de población campesina con una tendencia a volcarla sobre las zonas industriales. Yo os digo que esto que a primera vista puede parecer un peso que cae sobre la agricultura española, es por otro lado un tesoro que tenemos que conservar; porque así como es muy fácil pasar del campo de lo agrícola a lo industrial, es difícil, o casi imposible, pasar de la ciudad y de la población industrial a la agrícola. Y si nosotros tenemos la riqueza de población campesina preparada para las empresas rurales que en el campo realizan hoy sus esfuerzos en condiciones difíciles, nuestro deber es ayudarlas y perfeccionar sus medios y técnicas para que hallen remunerador su trabajo. Porque en el campo no sólo hay fincas ideales y fincas grandes, sino que también hay esas mil fincas pequeñas que pueden y deben ser base de múltiples granjas, como ocurre en muchos países; y si tenemos afición y brazos mejorando las especies y hermanando lo agrícola y lo ganadero, haciendo que el campo tenga unidad, podremos transformar completamente su

(69) Franco, Francisco: *En Villaverde, el 11-12-1950*, en *ibidem*, pág. 708.

economía. Si tenemos una quinta parte de España que apenas produce, tengo la seguridad de que podremos redimirla con nuestro esfuerzo, mediante un aumento de riqueza inapreciable» (70).

A estas alturas, un hecho parece cierto, y es la relativa abundancia de textos y referencias acerca de la industria que intentan presentar sus aspectos más favorables y justificar así su potenciación y puesta en marcha. En este orden de cosas, el hallazgo de Fuentes Irurozqui no deja de ser un tanto sorprendente y discutible, al relacionar el progreso industrial con el retorno a formas de producción bastante superadas, y que recogían en este punto las ideas de José Antonio Primo de Rivera sobre el particular, en orden a «rehacer una artesanía que aún permanece en gran parte» (71). Así, cree que el orden económico del futuro se logrará por medio del «fomento natural de las pequeñas unidades de producción, de las formas de vida socialmente sanas... (como es el caso de) la artesanía» (72), o «con la creación de nuevas formas de industria no proletarias ni proletarizadas» (73).

El tema del nivel de vida desigual entre el campo y la manufactura aparece en Gayda, como motivo importante para el cambio, en favor de la industria, pues ya «es sabido... que en todos los países la agricultura, aun con toda la voluntariosa actividad de los hombres, mantiene a la población a un nivel económico y social inferior al que proporciona la industria» (74). La contradicción intersectorial que aquí aparece es sorteada con cierta habilidad por Lucio del Alamo, pues si bien todo el mundo está de acuerdo en que hay que mejorar el nivel de vida del campo —«¡Arriba el

(70) Franco, Francisco: *En la Escuela de Ingenieros Agrónomos, el 29-10-1955*, en *ibidem*, págs. 782 y 783.

(71) Primo de Rivera, José Antonio: *Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo* (conferencia de 9-4-1935 en el Círculo Mercantil de Madrid), en *Obras Completas*, op. cit., pág. 66.

(72) Fuentes Irurozqui, Manuel: *Ensayos sobre el Nuevo Orden Económico*. A. G. Diana. Ed. Sección Información y Propaganda del Ministerio de Industria y Comercio. Madrid, 1942, 132 págs. (pág. 126).

(73) *Ibidem*, pág. 127.

(74) Gayda, Virginio: *El mañana económico de Europa*. Ed. Vicesecretaría de Educación Popular. Madrid, 1942, 248 págs. (pág. 78).

campo!» (75) es el grito— «¿quiere (esto) decir que la economía española frente al mundo se ha de cerrar en un contorno agrícola?».

No, «nada de eso. Defendemos, precisamente, todo lo contrario. En una conferencia reciente, José María de Areilza ha propugnado arrebatada y luminosamente, como única salida alta y fecunda para la economía nacional, la de la industrialización de España» (76).

De 1943 es la publicación en castellano del ensayo de Manoïlesco sobre el proteccionismo, en cuyo prólogo el mismo Fuentes recuerda e insiste en que «la creación de industrias es indispensable» (77). El libro citado tiene cierta importancia en la época por cuanto aparece en unos momentos muy determinados (1943, en plena guerra mundial, con la política autárquica en activo), y por desarrollar un tema cuya elaboración teórica estaba prácticamente en mantillas: la necesidad y bases de la industrialización. Este trabajo, juntamente con el de Robert de este mismo año, constituyen, a nuestro juicio, las dos aportaciones más interesantes sobre la teoría industrializadora en España.

Atendiendo a los cálculos matemáticos sobre productividad, deduce Manoïlesco que todas las demás actividades humanas son, aproximadamente, de una media de 4,35 veces más productivas que la actividad agrícola:

«Esto es lo que podríamos llamar la *inferioridad intrínseca* de la agricultura, a la cual oponemos la *superioridad intrínseca* de la industria» (78).

Por ello, «para que tenga derecho la agricultura a imponerse como ventajosa para el país desde el punto de vista estrictamente económico, necesita una enorme superioridad comparada con la extranjera, mientras que para que se im-

(75) Del Alamo Urrutia, Lucio: *La unidad e independencia económicas de España*. Ed. de Conferencias y Ensayos. Bilbao (s/a. ¿1942?), 56 págs. (pág. 32).

(76) *Ibidem*, pág. 3.

(77) Fuentes Irurzqui, Manuel: «Prólogo» a *Teoría del Proteccionismo y del Comercio Internacional*, de Mihaïl Manoïlesco, 1943, Madrid, págs. XIII y XIV.

(78) Manoïlesco, Mihaïl: *Teoría del Proteccionismo...*, *op. cit.*, págs. 59 y 60.

ponga como ventajosa la industria, no sólo no necesita tener superioridad, sino que puede todavía tolerársele una marcada inferioridad» (79). La deducción lógica es que «la tendencia natural de todo país debe ser *el impulso* hacia las grandes industrias de mucha productividad» (80).

A su vez, y como ya hemos comentado, Antonio Robert publicó también en 1943 su obra «La industrialización necesaria» (81). Aparte de su aceptable valor teórico, el interés de la obra de este ingeniero industrial reside sobre todo en su utilización como libro de cabecera de muchos políticos y hombres públicos de entonces, que veían así arropadas sus actuaciones económicas en algo más que proclamas y discursos de los prohombres del Régimen. Con Robert, la industrialización deja de ser una consigna política y se convierte casi en una respetable meta económica. Este es su razonamiento comparativo entre agricultura e industria españolas:

«Si España se hubiera industrializado en la proporción debida, el campo no retendría esa gran masa de potencial laboral cuyo inadecuado empleo disminuye la productividad y la renta nacional, rebajando el nivel de vida. Si la producción de las fábricas españolas tuviera mayor volumen, podrían nutrirse con ella las exportaciones de artículos manufacturados, suplementando las forzosamente harto menguadas de alimentos y materias primas, con lo que se acrecería nuestra capacidad adquisitiva respecto del exterior, hoy ínfima. Finalmente, si las zonas rurales no se encontrasen saturadas de población y el crecimiento de la industria siguiera un ritmo normal, sería posible ir absorbiendo sin apremios los futuros excedentes demográficos, aumentando paralela y paulatinamente la producción y pudiendo disponer, como consecuencia, de elementos de trueque para ad-

(79) *Ibidem*, pág. 159.

(80) *Ibidem*, pág. 166.

(81) Robert, Antonio: *Un problema nacional. La industrialización necesaria*. Ed. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1943.

quirir en el mercado internacional el complemento de alimentos y materias primas que no pudiera suministrar el suelo español» (82).

El discurso y razonamiento que utiliza para explicar el proceso de industrialización y sus interrelaciones puede parecer a algunos demasiado simple; pero indudablemente es certero en sus líneas generales: «la reactivación del proceso de racionalización económica sólo puede realizarse promoviendo la industrialización. Según el esquema habitual, las nuevas fábricas habrán de absorber mano de obra, aliviando al campo de sus excedentes demográficos. La economía agraria encontrará en ello estímulo para mecanizarse, manteniendo o aumentando la producción, pero disminuyendo el número de obreros necesarios para obtenerla. Los salarios tenderán a elevarse, con lo que crecerá la capacidad adquisitiva de la gran masa de la población. La industria, ante la demanda suplementaria de artículos manufacturados a que dará lugar el aumento de la capacidad de compra, ampliará sus instalaciones. Nueva absorción de mano de obra o nuevo estímulo para la mecanización de las tareas campesinas, repitiéndose sucesivamente este proceso hasta que se logre una racionalización lo más completa que permitan el estado de la técnica y las condiciones en que se desenvuelve la economía española» (83).

El precio que se pide para lograr todo esto —y que efectivamente hubo de pagarse— no puede ser otro que el campo y sus gentes; Robert, sin embargo, cree que también a la agricultura le ha de favorecer el proceso industrializador:

«De lo que se trata es de provocar en el campo español una relativa escasez de brazos mediante la absorción de mano de obra, por otra parte, de la industria, porque logrado que sea esto, cada región, cada zona encontrará el tipo de máquina apropiado a sus peculiares características, no sólo acomodando sus métodos de cultivo a las nuevas condiciones, sino incluso, teniendo lugar un rea-

(82) *Ibidem*, págs. 85 y 86.

(83) *Ibidem*, págs. 86 y 87.

juste espontáneo de distribución de la propiedad de la tierra en la forma que demanda la mecanización de las faenas; es decir, sustituyendo la gran explotación al minifundio ineconómico, organizándose cooperativas campesinas para la utilización de las máquinas o adoptándose otras modalidades semejantes. Y si existieran tierras en tal modo ineptas para el cultivo que sus condiciones físicas no permitieran alcanzar el mínimo indispensable de racionalización del trabajo, deberían restituirse a sus aprovechamientos naturales los pastos y la explotación forestal, tal como vienen propugnando los técnicos en materias agronómicas hace muchos años» (84).

Después hace un análisis válido de lo que no debiera hacerse, pues «empezar al revés, es decir, racionalizando el campo antes de industrializar, tropezaría con dificultades casi insuperables, pues equivaldría a ir contra la corriente de la evolución económica. La mecanización de las tareas encontraría la falta de estímulo natural que constituye la relativa escasez de brazos y un nivel de salarios suficientemente elevado. Pero, sobre todo, racionalizar el campo — supliendo ese estímulo por el procedimiento que fuera— sin industrializar previamente, o sea sin crear antes trabajo para los obreros que dejarían sin ocupación las máquinas, equivaldría a provocar innecesaria y artificialmente un grave problema de paro forzoso. En cambio, si se montan primeramente las fábricas, la racionalización agraria resultará una consecuencia lógica de la absorción de potencial laboral, sin contar con que en este caso serán los más capaces los que se empleen en la industria, en virtud de una selección lógica, cosa muy distinta a dar trabajo, fuera como fuera, a los que se encontrasen en ese paro forzoso provocado» (85).

En definitiva, el progreso industrial debe ir por delante; por eso el papel de la industria como auténtico «motor» del desarrollo económico es presentado de esta forma:

(84) *Ibidem*, págs. 87 y 88.

(85) *Ibidem*, pág. 88.

«La industrialización no sólo no excluye el desenvolvimiento de las demás ramas económicas, sino que aparece como el antecedente necesario para que pueda realizarse adecuadamente. No podría ocurrir de otra manera, pues lo fundamental es atacar el problema de la insuficiencia productiva nacional por su raíz. Todo lo demás es periférico o complementario, y constituye, por tanto, un error manifiesto alterar el orden lógico de la evolución de la economía. La escasa eficacia, por no decir los grandes errores, de la política del Estado en tiempos pasados fue el resultado natural de actuar sobre los efectos y no sobre las causas primeras de la insuficiencia económica española» (86).

En el año 1944, A. Robert publica otra obra, y sus referencias a la industrialización y sus ventajas vuelven a aparecer:

«La creación de una industria en los países agrarios que absorbiera el sobrante potencial de mano de obra agrícola, hubiera permitido que quedaran en los campos sólo los brazos estrictamente indispensables» (87), a la vez que permitiría «una ampliación constante en (la) capacidad adquisitiva... del mercado... (hasta entonces) rígido o inelástico, no pudiendo asimilar más que una cantidad limitada de artículos manufacturados» (88).

Como se ve, el tema de la ampliación del mercado es una razón de peso, de forma que «la elevación de la capacidad adquisitiva de los labradores, cuya superior productividad laboral les permitiría disfrutar de altos salarios reales, y de los campesinos transferidos a la industria, en la que percibirían más altos jornales, habría absorbido la producción industrial adicional» (89).

(86) *Ibidem*, págs. 90 y 91.

(87) Robert, Antonio: *Los países olvidados...*, op. cit., pág. 157.

(88) *Ibidem*, pág. 141.

(89) *Ibidem*, págs. 157 y 158.

Finalmente, y dentro de esta política de industrialización, el papel del I. N. I. fue sencillamente básico y central, y el de residente durante estos años, capital. Jesús González y Pedro Schwartz se refieren a esto en su libro, cuando afirman que «una nota casi independiente en el ideario de Suanzes es la fe en la industrialización. Parece como si el crear industria fuese un fin en sí mismo» (90). Las razones de ello no eran difíciles de hallar, y se encontraban en conexión con los planteamientos ya citados de Manoïlesco:

«Presumíase de antemano que la productividad en la industria era superior a la de la agricultura. No es, pues, de extrañar que mostrara Suanzes una preferencia por la industrialización a ultranza como camino natural para que España saliese de la pobreza. Se pensaba que los países agrícolas pueden incrementar su renta por habitante si expanden artificialmente la industria...»

De forma parecida a Suanzes, Schwartz y González creen algo similar de los escritos de Robert, en cuyos trabajos «se propugnaba un cierto fetichismo industrializador» (91): «si se canalizaban recursos hacia la industria, ello permitiría elevar los salarios, ampliaría el consumo, crearía un mercado para el sector tradicional, se trasvasaría población hacia el sector industrial, y se cosecharían ganancias de productividad en ambos sectores» (92).

Por último, un par de citas del Caudillo mostrarán a las claras su contribución teórica a la clasificación del tema, y su apoyo a tales directrices:

«Esa cantinela que más de una vez habrá cantado en vuestros oídos, inspirada por el extranjero, de que España no debe industrializarse, de que España es un país agrícola y campesino, encierra la pretensión encubierta de que España sea una colonia. Si España no ha de ser colonia, porque no

(90) González, Jesús y Schwartz, Pedro: *Una historia del Instituto Nacional de Industria (1941-1976)*. Ed. Tecnos, 1978, Madrid, pág. 21.

(91) *Ibidem*, pág. 26.

(92) *Ibidem*, pág. 27.

puede ser colonia cuando tiene veintiocho millones de habitantes, demografía superior a la que puede alimentar nuestra tierra, necesita del esfuerzo de todos para alcanzar una industrialización, para que no prevalezca la España pobre, que haya fuente de riqueza y de trabajo y puedan intercambiarse nuestros productos, porque uno de los secretos de nuestra situación económica de hoy es que habíamos llegado al año 1950 y no teníamos apenas que intercambiar, se habían agotado nuestras minas y se habían extinguido muchas de nuestras riquezas. Muchas bocas están pidiendo los frutos que producimos y, por tanto, si aspiramos a poder vivir y vivir más ampliamente, como viven otros pueblos, y queremos consumir el mismo tanto por ciento de electricidad, carbón, hierro y otros productos por cabeza que señala el nivel de vida de las naciones, tenemos que industrializarnos» (93).

Ocho meses después, insistiría sobre el mismo asunto:

«El progreso industrial no es para nosotros un capricho; es una necesidad. Las naciones pasan a industrializarse cuando sus necesidades interiores lo recaban. Hay quienes desde fuera creen todavía que nosotros propugnamos una industrialización artificial y, sin embargo, nosotros afirmamos —no creo que nadie entre vosotros lo haya podido dudar— que llegamos con un respetable retraso a nuestra industrialización. Nuestra demografía nos impone cada día el aumento de producción, la creación de nuevas fuentes de trabajo. Todos los países han sido agrícolas ante que industriales. Y los viejos países agrícolas, hace cincuenta años, necesitaban poco de la industria, porque no lo demandaba su demografía, y producían en casa todo lo que necesitaban, desde el mulo al carro y al arado romano. Hoy la agricultura exige cada día más

(93) Franco, Francisco: *Discurso en Aranjuez, en 27-6-1951*, en *Pensamiento Económico*, op. cit., págs. 717 y 718.

esfuerzos; pide tractores, máquinas, arados modernos, exige abonos químicos. Y todo esto que antes se sustituía por lo producido en nuestra Patria, hoy hay que comprarlo al extranjero o producirlo en nuestra nación impulsando la industria. Ello ha constituido el primer paso de nuestra industrialización para atender a las necesidades y demandas urgentes de nuestra economía y de nuestra agricultura, que exigen cubrir sus necesidades en progresivas etapas...» (94).

LA DIMENSION VERDADERA DEL AGRARISMO VERBAL

Los hechos, desde luego, probaron desde muy pronto los auténticos límites y el significado real que el Régimen daba a su proclamado agrarismo. La realidad que se impuso fue, de esta forma, muy diferente a lo que se pregonaba, y las medidas concretas de política industrial se generalizaron, imponiendo su pauta a toda la política económica del período. Fue así como las directrices en favor de la industrialización se tomaron con efectividad y sin parar mucho en sus consecuencias; el país tendría una industria en el futuro, y en su consecución habría un gran perdedor que, con su sacrificio, permitiría alimentar y trasvasar recursos al sector secundario: el abastecimiento y, de modo más general, todo el sector agrario. Al final, y como fruto de esta oposición entre el agrarismo teórico y la industrialización efectiva, seguida con decisión por el Nuevo Estado, se derivó necesariamente una de las consecuencias más claras y, para la mayor parte de la población, más grave y más palpable: la escasez, las carencias, la falta de lo más imprescindible; en definitiva, el hambre.

Lógicamente, tal asunto no fue muy tratado por casi nadie en la época y, sin embargo, las pruebas y las referencias sobre ello fueron continuas, no sólo entre los que lo sufrie-

(94) Franco, Francisco: *Discurso a los Ingenieros Industriales*, en 25-2-1952, en *ibidem*, págs. 721 y 722.

ron, sino incluso entre los mismos que defendieron siempre el régimen. Así, por ejemplo, en octubre del 41, el gobernador civil de Cádiz hacía una descripción de la situación de la provincia, por lo menos, patética:

«La gravísima situación por que atraviesa esta provincia, que es en la actualidad una de las más desabastecidas de España en materia de víveres por su producción deficitaria, ha culminado en una aterradora elevación en el número de defunciones, como se demuestra con los adjuntos datos estadísticos, que revelan el alza creciente de las mismas, y aproximándose el invierno, con los rigores propios de tal estación, es de suponer que continuará el índice de mortalidad su marcha ascendente.»

En base a ello, continúa Viñas, «el gobernador solicitaba la concesión, con la máxima urgencia, de un cupo extraordinario de víveres para la provincia y esperaba de la atención del receptor hiciera llegar a S. E. el Generalísimo y Jefe del Estado esta misma petición de ineludible necesidad, que me permito elevarle cumpliendo con ello un estricto deber y suplicando su valioso apoyo para que, con la urgencia que el caso reclama, sea atendida esta demanda» (95).

No obstante, las pruebas tal vez más plásticas y directas de lo que sucedía en España en aquellos meses nos las den las cartas que los emigrantes a la Alemania nazi enviaban a sus familiares y amigos. Decía uno de ellos:

«Nos dieron de comer un plato muy grande de judías con patatas... Luego cenamos más judías con patatas, y pan con mermelada y mantequilla...»

«En Orleans nos dieron de desayunar un tazón de café y pan con mermelada. En Troyes comimos patatas con arroz, café y pan, queso y salchicha... Después nos dieron de comer judías con patatas,

(95) «Carta de 27-10-1941», recogido por Viñas, Viñuelas, Eguidazu, Fernández Pulgar y Florensa: *Política Comercial Exterior en España (1931-1975)*. (dos tomos). Ed. Banco Exterior. Madrid, 1979, pág. 318.

pan con mantequilla y mortadela, café y mermelada» (96).

A través de la insistencia en las «judías con patatas» y otros platos, las referencias indirectas a lo que sucedía en España estaban claras:

«De comida, todos los días tenemos para comer y tirar todavía, pues solamente con el desayuno que tomamos aquí habría quien se conformaría para todo el día» (97).

Otro emigrante escribía:

«Nos sirvieron 250 ó 300 gramos de pan y un trozo de salchichón; luego cerveza... Para comer nos dieron un plato de patatas y una rajaza de merluza; patatas podíamos repetir...»

«Hoy nos han dado la cartilla de racionamiento, pero, ¡qué racionamiento! ¡Fijarse!: kilo y medio de pan, 100 gramos de mantequilla, 100 de margarina, 100 de mermelada, 300 de salchichón, 150 de azúcar para el café...» (98).

Y otro habla del pan, de las patatas..., de una forma que no puede menos que sobrecoger:

«Mamá, cuando me acuerdo más de usted es a la hora de la comida, que nos dan 700 gramos de pan como el brazo de Linares; un plato que tiene 9 centímetros de hondo por 88 de circunferencia, y este plato nos lo dan con colmo; unas veces llenos de macarrones y otras veces con patatas cocidas con un refrito muy bueno...» (99).

A Fuentes Irurozqui, por su parte, le debían parecer exageradas tales afirmaciones, pues, según él, «en la importación se reducen las compras... Pero ello se lleva a cabo cuando, oportunamente, es posible sin menoscabo de nuestra

(96) *Los productores españoles en Alemania*. Ed. Blass, S. A. (s/a. ¿1942?), pág. 25.

(97) *Idem*.

(98) *Ibidem*, pág. 31.

(99) *Ibidem*, págs. 31 y 32.

política de abastecimientos, primera preocupación nacional desde la posguerra» (100).

E insiste sobre el tema:

«La primera preocupación del Estado español durante la posguerra civil ha sido la de asegurar a cada uno de los españoles un mínimo de artículos de uso y consumo indispensables y de sustancias alimenticias básicas proporcionados a las necesidades de cada cual» (101).

La realidad, sin embargo, no era ni mucho menos tan gratificante, y los problemas y privaciones estaban a la orden del día. Como escribían Jesús González y Pedro Schwartz, «en un país en el que reinaba el hambre, escaseaba el vestido, y faltaba el cobijo, se decidió invertir grandes sumas para que pasado mañana no faltase la gasolina de pizarras bituminosas» (102).

El dilema era claro:

«La España de la posguerra tenía ante sí una alternativa: o bien atendía prioritariamente a las necesidades inmediatas, como alimentos y ropa; o bien reducía drásticamente el consumo de bienes finales e iniciaba la creación de una magna industria pesada.

Y el camino adoptado fue, por fin, el del desarrollo futuro y el sacrificio presente:

«Se trataba de posponer el consumo inmediato con la esperanza de obtener un excedente industrial capaz de recuperar más adelante el consumo perdido» (103).

La opinión contenida en el libro del «Banco Exterior de España» abunda en el mismo sentido, ya que al desviarse las divisas a sectores diferentes del de las primeras necesida-

(100) Fuentes Irurozqui, Manuel: *Cinco años de intervención en el comercio español (1939-44)*. Ed. MIC. Madrid, 1944, pág. 26.

(101) *Ibidem*, pág. 29.

(102) González y Schwartz: *Una historia del Instituto...*, op. cit. pág. 34.

(103) *Ibidem*, pág. 52.

des, se «podría, quizá, sentar las bases de la recuperación posterior, pero la estrategia adoptada llevaba a la población a pasar hambre» (104). Para probar tal aserto, Jesús González escribe que, «por sorprendente que parezca, el comportamiento del sector exterior indica que (en el decenio de 1940)... la apuesta central de las autoridades se orientó más hacia la industria que hacia la satisfacción de las necesidades inmediatas»:

«El 60 por 100 de las importaciones de estos años son bienes de equipo o “inputs” industriales, mientras que las importaciones de alimentos, en el mejor de los casos, apenas sobrepasan el 30 por 100 de nuestras importaciones totales» (105).

Y de esta forma, para solucionar el grave problema cotidiano del pan y del vestido, «se prefirió atender la aguda crisis de subsistencias mediante una maraña de intervenciones contradictorias, mientras se apostaba, con legislación protectora, a la industria pesada y a la industria de guerra...».

En definitiva, «la manía de grandeza nacionalista de los políticos de la época encontraba más satisfacción inmediata en grandes fábricas y pantanos que en modestos proyectos dotados de eficacia económica» (106). Por ello no ha de extrañar lo que sucedió con las importaciones, que prueba claramente la opción industrial que tomó el Régimen:

«En la composición del comercio exterior... (en) el período de reconstrucción 1940-48, destaca en primer lugar la mayor participación de los “inputs” para la industria en las importaciones totales. Parece claro que la capacidad importadora se orientó fundamentalmente hacia la industria. Este hecho hace sospechar que las autoridades optaron básicamente por reconstruir e incrementar la industria. Y sólo en segundo lugar intentaron aten-

(104) Viñas et al.: *Política Comercial Exterior...*, op. cit., pág. 443.

(105) González, Manuel-Jesús: *La Economía Política del Franquismo (1940-1970)*. Ed. Tecnos. Madrid, 1979, págs. 45 y 46.

(106) *Ibidem*, pág. 46.

der las agudas necesidades de subsistencias modernizando la agricultura.»

A continuación, el autor trata de encontrar una explicación a tan discutible planteamiento: ¿Por qué —se pregunta— los esfuerzos productivos y comerciales no se orientaron prioritariamente a paliar el hambre de la población, como parecía ser lo lógico?, ¿por qué no se dedicó una mayor atención al sector primario? Jesús González resume así su interpretación del fenómeno:

«Hay elementos autónomos que empujan a las autoridades hacia una política de industrialización a ultranza. Al fin y al cabo, la Administración española nunca aceptó de buen grado convertir a la Península en una provincia agrícola dentro del gran espacio europeo, tal como lo concebían los planes nazis. El general Franco acariciaba sus propios sueños industrializadores» (107).

A la vista de lo anterior, creemos que queda claro que la postura de ciertos autores, que «han llamado la atención sobre cómo la imperiosa necesidad de atender al abastecimiento de la población obstaculizó el desarrollo de los ambiciosos planes autarquizantes de Industrialización interior» (108), se demuestra errónea y carente de toda base real.

UNA PARADOJA A RESOLVER

Llegados a la parte final de nuestra exposición, parece lo más lógico y oportuno el planteamiento de unas posibles conclusiones o aspectos más o menos derivados del discurso anterior. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, la resolución de la contradicción ya planteada entre una fraseología netamente agrarista y una práctica política bastante más ecléctica y —en cualquier caso— crecientemente favorable al proceso industrializador de nuestro país, no sólo no está

(107) *Ibidem*, pág. 102.

(108) Viñas et al.: *Política Comercial Exterior...*, *op. cit.*, pág. 442.

resuelta satisfactoriamente desde el punto de la investigación, sino que rebasa ampliamente este plano, y llega a servir de motivo de discusión a muchos estudiosos actuales sobre el verdadero carácter y contenido del franquismo. En este sentido, el significado real del Nuevo Estado, los grupos en que se apoyó hasta su triunfo, las correlaciones de fuerzas que a lo largo de la contienda y después de ella sirvieron de sostén al Régimen, los intereses y facciones del poder económico más favorecidos por la dinámica aplicada por las autoridades políticas, etc., no son sino algunos de los aspectos que, además de concitar en torno a ellos apasionadas —y, con frecuencias, partidistas— opiniones, se han de referir obligadamente para su más exacta comprensión a los dos sectores económicos a que aquí nos hemos referido: agricultura e industria o, lo que viene a ser lo mismo, las fuerzas sociales y los intereses económicos que tras ellos aleteaban y los configuraban de una forma concreta.

Por todo ello, los párrafos siguientes son verdaderamente una reflexión en torno a la dicotomía planteada entre lo agrario y lo industrial que, más que resolverla y explicarla en su totalidad, avanza una serie de puntos o aspectos que pueden ayudar a interpretarla o que, al menos, resultan de obligada resolución a la hora de entender en toda su complejidad el fenómeno del franquismo.

Existen varias causas que se pueden aducir para explicar esa pervivencia de la ideología agraria, mientras los hechos no sólo no se correspondían para nada con tales planteamientos, sino que apostaban claramente en favor de la industrialización del país. Por un lado, estaría un hecho evidente y que, de alguna manera, ayudaba a encubrir esta realidad: la existencia de unos precios oficiales mínimos favoreció mayormente a la agricultura en relación a la industria, asegurando a las diferentes categorías de campesinos unos ingresos que, aunque enormemente desiguales según la extensión, permitían asegurar unos niveles aceptables de subsistencia.

También puede ayudar a entender esta aparente paradoja de los años cuarenta el hecho de que la industrialización puesta en marcha oficialmente a partir de 1941 (creación

del INI) no se hizo «notar» hasta pasados varios años. Por ello, este «gap» entre la puesta en marcha o potenciación de ciertos procesos básicos en la industria (luz, fertilizantes, siderurgia, minería, etc.), y sus resultados concretos, permitió la coexistencia nada conflictiva entre una política económica como la descrita, que implicaba unos efectos materiales sólo a medio plazo, y el mantenimiento frente a la opinión pública de unas posturas y una palabrería tan proclamadamente agraristas como inefectivas en el terreno de los hechos.

Por otro lado, el modo y manera en que se acometió el proceso de industrialización, al hacerlo a través de la autarquía y sin apenas atención a los costes y a la asignación de recursos, demoró o hizo tal proceso de alguna forma más complejo (estraperlo, mercado negro, desabastecimiento, cupos, racionamiento, etc.), haciendo menos evidente el ambiente industrial y más sostenibles las posturas agraristas.

Tampoco debía ser ajena a esta dicotomía entre lo rural y lo urbano, o entre los sectores primario y secundario de la economía, la falta de coherencia y de preparación técnica por parte de muchas de estas personas (sobre todo entre los principales políticos: Franco, Carrero, etc.) que serviría para explicar, así, cómo las intenciones subjetivas de los gobernantes pueden ser unas, mientras la realidad camina por otros senderos bien distintos (el ejemplo de Antonio Robert sería sintomático de esta postura).

Por último, una aspecto importante que en buena parte contribuiría a explicar el porqué de ese agrarismo, es aquel que le relaciona con el contenido social y la calificación de sus componentes. Es decir, se trataría de averiguar lo que de verdadero o no tiene la ya clásica afirmación de que «el agrarismo es la rebelión de la clase media campesina» (109), que fue en realidad una «aspiración obsesionante de Onésimo Redondo» (110) y que significó en la práctica la adop-

(109) García Pérez, Nemesio: *Agrarismo y Jonsismo*, en revista *JONS* (10, 1933), en *Antología*, con selección y prólogo de Juan Aparicio. Madrid, 1943, pág. 383.

(110) *Crónica del traslado de los restos mortales de Onésimo Redondo*, en diario *Pueblo*, de 14-6-1941. Recogido por Castillo, Juan José: *Propietarios muy pobres...*, op. cit., pág. 453.

ción por gran parte de este estamento campesino —sobre todo el de Castilla y Navarra de actitudes políticas claramente conservadoras, cuando no reaccionarias, que si bien en el caso de la gran propiedad no necesita mayores comentarios, sí extraña en el resto de propietarios.

Obviamente no pretendemos aquí indagar el porqué de este hecho, y a qué se pudo deber esta orientación de gran parte de la pequeña y mediana propiedad de estas zonas: que fueran determinantes sus específicos y diferenciados intereses, que influyera en ello la intensidad con que soportaron la crisis mundial y sus efectos sobre España en el orden agrícola, que vieran en la conflictividad social existente durante la II República unos signos inequívocos del futuro de sus modestos patrimonios, que más bien deba tenerse en cuenta el papel jugado en sus esquemas mentales por ideologías como el tradicionalismo o el carlismo, o que pudiera deberse a las peculiares —y tópicas— características de la personalidad del campesino, lo cierto es que fue un hecho la mayor participación campesina en el bando nacional durante la guerra civil, al menos en unos momentos decisivos y en unas zonas determinadas.

A la vista de lo anterior, no debe extrañar, pues, que el Régimen surgido de la guerra civil tuviese para con el agro una deuda moral y material que, al menos en el orden puramente verbal, se intentó pagar cumplidamente; desde este punto de vista, tal interpretación del agrarismo, si no explicativo en su totalidad del fenómeno, sí ofrece al menos luz sobre una de sus posibles razones de ser. Por ello, y aunque la opción industrial se tomó desde las más altas instancias de un modo consciente (Franco no debía ver con agrado la especialización agrícola de nuestro país y la dependencia de las naciones más industrializadas, como Alemania), la concesión terminológica hacia el campo resultaba un tanto obligada. También es verdad que, en el orden práctico, la identificación de intereses campesinos al margen del tamaño de la propiedad fue un hecho en cierto sentido, toda vez que gracias al mecanismo de los precios mínimos (sobre todo de los cereales), «que pueden ayudar a sobrevivir al pequeño campesino, pero que son la base de la enorme acumulación de capital de los grandes, (se) fundían *práctica-*

mente los intereses de capas sociales tan distintas» (111), y se creaba una apariencia de bloque unido al que poderse dirigir y orientar desde los poderes públicos.

Además, y como apunta el autor citado, otra posible razón aducida para explicar ese extraño maridaje entre grandes y pequeños propietarios a la hora de su definición ideológica, podría hallarse en la importancia de la influencia que las ideas del catolicismo social habrían tenido en el campo. En efecto, la Iglesia «pudiera haber cumplido... el papel de mediación organizadora» (112) similar a la de los partidos políticos clásicos, supliendo la ausencia de éstos, y convirtiéndose así en un «poderoso cemento aglutinador de intereses campesinos (grandes y pequeños)» (113).

Comoquiera que fuese, también puede pensarse que toda esta palabrería, tan profusamente puesta en circulación en aquellos años, podía responder en realidad a un objetivo claramente mistificador por parte de las autoridades y pensadores del Régimen, toda vez que con esta concesión verbal a ciertos estamentos sociales, que iban a resultar los grandes paganos del desarrollo industrial de los sesenta (sobre todo, los pequeños y medianos propietarios; los grandes obtuvieron notables beneficios), se intentaba encubrir la verdadera política económica que se llevaba a cabo.

Por último, y un poco como idea-resumen para explicar esta dicotomía «rural/industria», podría decirse que la interpretación del hecho de la supervivencia de la terminología agrarizante típica del franquismo, podría estar en una efectiva y cierta correspondencia de ella con la estructura económica real y la estructura de poder todavía existentes en los primeros años cuarenta; por su parte, la coexistencia con la nueva ideología industrializadora respondería al hecho no menos cierto del despegue y colocación de los primeros jalones de un proceso de industrialización que, si bien se desarrolló plenamente años después, comenzó su paso firme durante estos años.

(111) Castillo, Juan José: *Propietarios muy pobres...*, op. cit., pág. 398 (en cursiva en el original).

(112) *Ibidem*, pág. 449.

(113) *Ibidem*, pág. 448.

RÉSUMÉ

Dans la décennie des années 40 on assista dans tout le pays à une floraison pseudo-théorique de tout ce que la vie rurale, ses coutûmes, ses hommes, ses qualités et vertus, etc. supposaient et signifiquaient en rélation avec la défectueuse et critiquable existence qu'on trouvait dans les villes et dans les industries. D'ailleurs et depuis 1945, ce qui est certain c'est que les exposés agraristes ne dépassaient jamais le cadre testimoniel et simplement propagandistique du Régime, étant donné que déjà depuis 1941 l'option industrialisante (création du INI) était au moins assumée politiquement dès les plus hautes instances, et on l'assigna l'ambitieux et non méprisable rôle d'obtenir pour l'ensemble de l'économie espagnole un niveau de développement et de progrès similaires aux ceux des pays les plus avancés.

SUMMARY

In the decade of the fourties we were presented in the whole country with a pseudo-theoretical flourishing of all that rural life, its customs, its men, its qualities and virtues, etc. meant with relation to the defective and critiquable existence of the cities and industries. On the other hand and since 1945, the evidence is that the agraristic formulations never passed beyond the testimonial and merely propagandistic scope of the Regime, because already since 1941 the industrializing option (creation of the INI) was at least politically adopted by the highest instances, and to it was assigned the ambitious and non despicable role of obtaining for the whole Spanish economy a level of development and progress similar to that of the most advanced countries.

